

PALABRAS DE MI TIERRA

Nicolás Gonzalo Plaza

*A los grillos que cantaron
cuando yo nací.*

*A las lluvias que tallaron
mi vida.*

*A los campos de esta tierra,
si me ven morir.*



El paso de la hoja

1

Es un aroma sin nombre el que aflora bajo la hojarasca
son esos recuerdos de setas
ese olor a lumbre cuando arde la chasca,
son esos caminos que volvería a recorrer
donde los hongos emergen intentando florecer,
donde los troncos de los robles, nudosos y húmedos,
se imponen como nobles, cubren mis pasos con su piel,
son los caracoles, las babosas, los desmanes, los milpiés,
los que recorren las carreteras que tus ojos no pueden ver,
bellotas y castañas emprenden el vuelo
y se te despistas, en ti podrán caer.
Son los frutos del ocaso, los colores del otoño,
el aroma del tardío que tanto ansío volver a ver.

2

Es curioso como con los años
la luna comienza a crecer,
cuando era niño solo recuerdo
un punto luminoso que nacía al atardecer,
pero ahora la contemplo hermosa
me hace enloquecer,
aúllo, la sangre me late,
me siento salvaje otra vez.
Luna de cosecha, amarilla, plena y hermosa

no me canso de volverla a ver,
algunos ven un conejo haciendo un dulce japonés
evocas dioses arcanos
y muchos paganos te veneran
bailando hasta el amanecer.
Luna de cosecha que haces brillar al trigo
mecido por el viento
creando mares sarracenos entre sus tallos,
los corzos me observan atentos
lobos hambrientos, seres de cuento.
Luna de cosecha, traes la lluvia del otoño,
frío del invierno, vuelvo a verte una vez más,
y un año más siento el lento
e inevitable paso del tiempo.

3

Levantas las hojas marchitas sin esfuerzo y con elegancia
traes esos tiempos grises, esa extraña y entrañable fragancia,
la lluvia y nieve desplazas hacia los tejados de las casas,
donde antes tomaban los chatos con tu aire vaciaste la plaza.
Pronto pintarás las flores con tu blanca y fría escarcha
y en la mañana, cubierto de nieve,
podré ver los sauces de plata,
volverá ese silencio pálido
que se rompe cuando la nieve cuaja,
cielos y suelos, árboles y plantas,
hasta algún animal perdido se cubre con tu manta.
Espíritu del frío y la noche
engulles los días como si nada,
no enfrías aún la leña
que pronto necesitaremos sus brasas.

Las lumbres arderán entre retamas,
rojo fuego entre nieve blanca,
tan solo las humaredas de las chimeneas
se distinguen en la montaña.

Viento de invierno, ya veo tus huellas,
ya noto tu rasca en la mañana,
ya vas marcando la temporada
de calientes pucheros y chocolate,
ya vienes silbando tras el horizonte
y un año más, te adelantaste.

4

Poco puedo contaros de la primavera en esta tierra,
ni nosotros la conocemos, tan efímera que vuela,
pasamos del forro polar a la camisa de franela
no me preguntéis por qué, pero aquí no hay primavera.
Mucho invierno os puedo dar, hasta en abril nieva
un día ves las flores y de la noche a la mañana
tras mucho llover, ves la hierba mojada.
Decide salir el sol muy perezosamente
un par de días nada más, luego a dormir nuevamente
hasta junio quizás no vuelva a salir
y, como quien dice la cosa, ya nos robaron abril.

5

Hay sonidos que si los escuchas te recuerdan al verano
cada estación tiene su sentido y así le ha tocado,
cierra los ojos y escucha este poema
aunque mejor que alguien te lo lea.
Ahora piensa en la luna llena,
en el campo de cebada,

amarillo el grano y el tallo, pronto lo cosecharán en la mañana
pero está noche la brisa lo mece
ya suenan las chicharras
ya los grillos cantan así hasta la madrugada
se escuchan risas lejanas de los chiquillos que juegan
éstas son las noches de verano que tanto me llenan.
El día es más cansado pero la noche es plena
cantan las ranas y los sapos
hasta suenan las culebras
escuchas pequeños chillidos
los murciélagos baten sus alas
y un gato callejero maúlla, buscando a su enamorada.
Todo lo que en la noche grita, en el día calla
como mucho algún perro de los que siempre ladran
chapoteos en piscinas
algún grito de chiquillo
no es tiempo de colegio y eso se nota en el río,
zumbidos de libélula
el volar de los mosquitos
si lo escuchas no podrás evitar pensar en el estío.

6

Hay sensaciones que no se pueden rechazar
el olor de las flores en la primavera
el cantar de los grillos en la noche veraniega
los colores del otoño entre las hojas secas,
pero en especial hay una que me atrapa cuando llega
en los días más fríos, cuando el invierno ya pega,
las sábanas y las mantas me arropan más que cualquiera.
Aunque escuche afuera nevar, llover o tronar
mi manta es mi refugio y de él nadie me puede sacar,

como una jaula peluda y caliente
ella me atrapa entre sus redes
en la mañana cuando toca despertarse,
ella me atrae para que aquí me quede.
Cuanto más frío hace, más placer da
esa manta piel de oveja que te abraza sin cesar
esa sensación que te deja de completo bienestar
que hace que, cuando empieza el otoño,
sueñe con ella una vez más.

7

La banda de las flores ya liberan sus aromas
lavanda, tomillo, romero, ya se abren las amapolas
ya asoman las nuevas lluvias
es tiempo de deshielo.
La primavera huele diferente, lo imagino mientras lo leo,
la resina de los pinos, el sonido de los carpinteros,
aunque suenen las tormentas, no es lo que me eriza el pelo
es esa colonia de campo que no compras en ninguna tienda
el perfume de lo salvaje trota ya libre y sin riendas,
fragancia de flor silvestre que inunda el más tosco olfato
las tierras se vuelven agrestes antes de que llegue el verano.
Caminas entre las jaras, respiras el roble
su corteza húmeda tiene esos tonos nobles,
huele la tierra, huele la lluvia,
huelen los rastros de las bestias
huelen esas huellas que dejó el corzo
huele a almizcle la cueva del zorro,
huele a roca mojada, a vida en la tierra quemada.
Es aroma de yesca y piedra, de margaritas, colza y lilas
es eso que más se anhela cuando las cumbres están frías,

aunque sean pocos los días que la lluvia nos deja el paso
aprovecho el tiempo escaso para salir a las praderas
para respirar el aire que trajo la primavera.

8

Níscalos y boletus, de cardo y colmenillas,
bajo la hojarasca seca nacen las maravillas.
En tonos cálidos y terrosos el bosque se viste de gala
esconde en sus vestidos sedosos intrincandas telas de araña.
A ras del suelo observas los sombreros de colores
amarillos, rojos, naranjas, azules, verdes y marrones.
Cuando ves a la muscaria, casa de gnomos y duendes,
ves a la pasada infancia crecer en los abedules.
Son los hongos y setas del bosque
que marcan el paso del otoño.
Mientras caen las lluvias y hojas
van creciendo sus retoños,
sus brazos extendidos en el suelo
creciendo en sus pequeñas colonias,
fantasía de colores y magia
las hadas se sientan en las cetonias.
Se ocultan las salamandras de la lluvia incesante
verás los sombreros temblar ante la tormenta inquietante,
pero crecerán con más fuerza, extendiendo así su reino
verás los hombres con navajas con sus cestas seteras
estará aquel que triunfe con su presa certera.
Pero aquel desafortunado
que tomó el gato y dejó la liebre
comenzará a sentirse raro
le subirán las fiebres.
Como cada año, el bosque sabio

a unos dará la vida y a otros traerá la muerte.

9

Un día normal de otoño escuchas el cielo tronar

parpadeas y ahí lo tienes, un arroyo torrencial.

Las gotas caen con fuerza, ya tiembla el cristal,

cuando el cielo se despeja, la lluvia no termina de amansar.

Son días cenizos, melancólicos tal vez

si te asomas a la ventana, quizás nade algún pez.

Los canalones desbordados forman pequeños riachuelos

las tejas de los tejados, en sus nidos tiemblan los mochuelos.

Es un sonido relajante, se atisba un delicioso aroma,

aún encerrado en el hogar la lluvia tiene algo que arropa.

De no ser por tanto frío

escucharía a la rana croar

pero cuando se avecina el invierno

solo la babosa sale a husmear.

Son días de empezar a cargar los troncos desde el almacén

el invierno pronto llega, la lumbre se quiere encender.

Es algo que tiene la lluvia, la melancolía que me da,

me tiendo tumbado en la cama, escucho los charcos cruzar,

la gente se resguarda en sus casas, ven las gotas caer,

tan un solo par de gorriones vuelan entre tanto llover.

Relajo la vista , veo el agua que me enturbia,

me dejo llevar por este día de lluvia.

Patrimonio cultural, olvido nacional

10

Apenas tres casas en el pueblo mantienen sus dinteles
pero desde la llanura ante todo ella se impone.

Dicen que del siglo III data aunque parece más antigua
más viejo es que la tierra misma el tesoro que atestigua,
ese Cristo de madera, marchito tras el paso del tiempo,
lo sacan en las fiestas

el resto del año pocos lo recuerdan.

En su tumba de caliza anidan las abejas,
ya nadie toca las campanas donde viven las lechuzas,
un murciélago en la ventana, solo él asiste a la misa.

El párroco tiene la llave, desde lejos parece abandonada,
una vez al mes recita las escrituras sagradas.

Cuando llegue el invierno la cruz caerá enterrada
bajo dos metros de nieve descansará su techada,
y cuando el pueblo se marche, después del verano,
cuando solo queden esos viejos que tratan de mover en vano,
la iglesia cerrará sus puertas, sellarán con un candado,
y así, como un viejo cuento, su oscuro retablo
yacerá en las penumbras por todos olvidado.

11

Cuatro postes de granito, el yugo carcomido
aunque muchos te han olvidado
pocos te reconocemos, viejo amigo.

Algunos piensan que eres arte, algún objeto moderno,
quién pudiera decirles que eres más viejo que el tiempo
y aunque pareces de tortura de la mismísima inquisición,
aquí en el pueblo te recuerdan como toda una institución.
Por ti domamos a las bestias entre cinchas y cordeles
con la fuerza de la tierra se herraban a los corceles.
Venía el herrero, mazo en mano, clavos entre los dientes,
agarraba la vigorosa pata del más bravo de los bueyes,
herradura en mano la fija, limpia con sus cinceles,
aunque la bestia se mueva, él nunca se detiene.
Y tú, con tus postes de piedra,
ni el tiempo es capaz de tumbarte,
el día que caigan las tejas, se caigan hasta las paredes,
cuando el pueblo sea ruinas, sé que desde lo alto de la colina,
aunque ya no se divise nada, aún quedarán tus pilares.

12

Por las noches puedo escuchar
tras tus paredes como fantasmas
los relinchos de las bestias
que bajo tu techo habitaban,
ahora que ya no eres más que piedra,
tan solo ruinas en mitad de la plaza,
veo a los gatos callejeros ocultarse entre las tablas.
Atada a la casa te hayas, que debidamente fue reformada,
pero a ti te olvidaron pequeña, ya no te necesitan para nada.
Qué no hay bajo tu techado, si hasta las lechuzas descansan,
la bicicleta del que fue niño, un par de sierras y una maza,
viejos aparejos de la trilla y hasta el esqueleto de una rata.
Tus paredes son el reino de los bichos y las arañas,
aún queda heno seco del que los potros pastaban,

ya solo vive humedad, polvo y morralla.

Te volviste un trastero de todo lo que habitó en la casa,
algún día serás demolida, una familia vendrá a habitarla,
bajo nuevas paredes de ladrillo, tú historia será sepultada.

13

Manos duras y callosas, en tus viejas carnes pálidas
quedaron las palmas al ritmo de jabón y sangre,
sudor y lágrimas se vertieron en las gélidas aguas
y aunque los trapos iban a la olla,
traíais los sucios a vuestra fragua.
Entre frote y frote de la prenda, la lengua corre con la charla,
lo que vio la vieja en el visillo hoy se expone a toda la cuadra,
bajo los tejados de madera,
mientras fluyen las pequeñas cascadas,
las tinas de piedra conocen lo que se cuece en cada casa,
el cotilleo del alguacil, con quien se lió la costurera,
que si perdió la virginidad una moza
con el hijo del patrón en la ladera,
se sabe quién va a venir por la tarde
vestido con sus mejores galas,
vendrá a caballo el señorito
buscándose una dama.
Chismes y más secretos reptan entre las baldas
ya son tantos que aunque no haya vida
tus paredes aún los guardan.

14

Aunque la madera se pudra nunca dejará de correr el río
y pasarán cientos de años hasta que cese de girar el molino.
Perdido en el flujo del tiempo ha olvidado su cometido

quizás fue para la fragua, quizás para moler el trigo,
la rueda gira y gira, aún se escuchan los crujidos,
ha olvidado su rumbo entre carpas y cangrejos de río.
Ya nadie habita cerca, a su vera crecen los pinos,
aún te venera la gente, te recuerdan en sus dichos,
contigo no se comulga, no sé más de tu destino,
vieja rueda, qué hiciste, cuál fue tu cometido,
por qué desviaron el cauce para moverse en tu recorrido.
Ya apenas quedan piedras, entre las paredes se esconden
murciélagos que se mecen y al vaivén se quedan dormidos,
pájaros y lagartos te habitan, todos te están agradecidos,
espero que tu eje no se rompa y dejes de girar, viejo molino.

15

Golpe de pala y azada, hace temblar mis costillas
él surcará sus tierras cuando sea tiempo de trilla,
de lejos se siente encantada, como una mística selva,
colores y formas crecen naciendo de tan solo semillas,
árboles frutales y zarzales, todo lo que te imaginas,
es esa huerta del pueblo que parece que todo lo cría,
que las calabazas se vuelven enormes,
los calabacines monstruosos,
más grande que la cabeza de un hombre
lucen entre la tierra bien hermosos,
cebollas y zanahorias, rábanos y remolachas,
todo crece en esta tierra, hasta la hoja de achicoria,
y ves al viejo hortelano, sombrero de paja en mano,
orgulloso de lo que sus manos este año han cosechado.
En invierno descansará la tierra, en la primavera el rastrillo,
su columna, torcida como un fresno
siembra a mano a sus niños,

botas de caña en los patatales,
crecerán los tomates trepando con sus métodos ancestrales,
él no cree en pesticidas, solo remedios naturales,
traerá maricas y lombrices, polvo de hueso y ceniza,
arrancará las malas hierbas que crecen en matorrales.
Esperará en el invierno, puliendo la horca oxidada
que llegue tiempo de labranza
cuando las nieves se deshagan y vuelva con sus hazañas.

16

No hay pueblo sin granero, todo el mundo lo debe saber,
porque si no hay grano nadie puede comer.
Custodiado en la altura por tu pequeño guardián
el gato vigilante espera al pequeño ratón rufián,
ladrones de semillas, no se pueden alimentar
¿acaso tanto molesta este pequeño animal?
Silos, hórreos, trojes, por miles de nombres te conocen
dependiendo de la humedad a una altura te disponen,
pero el ratón y la rata trepan hasta donde se esconde
el preciado cereal que alimenta hasta al conde.
Ahora son de metal, más esbeltos y estilizados,
su función es igual, aunque los hayan mejorado,
de todas las construcciones eres la más necesaria
tan importante eres que tu construcción es milenaria.
Aliméntanos muchos años y avanza lo necesario
no importa que dejes de ser madera,
no importa que te hagan cambios,
mientras nos protejas del hambre
haz lo que sea necesario.

17

Aún siento el grato olor de la madera de encina
puedo sentir como arde desde mi cocina,
ya no queda ni su sombra, ya ni tan siquiera cenizas,
pero allá era donde los hombres nos brindaban de energía,
donde creaban el calor para calentar los hogares,
entre montañas de madera y tierra de los arrabales
limpiando el bosque se pasaban desde junio hasta septiembre,
limpios quedaban los pastos, no había fuego que los incendie,
porque la verdadera llama solo ellos la prenden.
En el interior de la chimenea y una vez que el barro cuaja
la madera ya se pierde, negro se queda el interior,
oro que tiñe los dientes, ya no huele como antes,
ya no se siente caliente, ya no queda el carbón
que nos dieron las buenas gentes.

Trabajos nobles, hombres de bien

18

Clavo con clavo sobre la madera
siento el olor del bosque en la alacena,
tus manos huelen a roble,
a resina de pino y betún de Judea,
tus manos astilladas y callosas
no necesitan mazo cuando martillean,
pues es que tras tantos años
tantos ancestros corren por tus venas
que tu sangre ya es savia,
tus dedos, raíces que suenan
a metal, sierra y cuchillo,
a tallas de hombres y bestias.
Carpintero, tu oficio muere
porque no aprecian tus faenas,
perdimos tu sabiduría
con diseños de vanguardia sin belleza,
pero aún espero tu regreso,
escuchar cómo cepillas las tablas
y desbrozas cortezas de morera.
Con el haya y el abeto, un buen armario,
aún disfruto de tus brocados en mi cabecera,
artesano de broca y martillo,
gubias y cinceles en tus manos vuelan,

vuelve con tu noble trabajo
y lucha porque no muera.

19

Al pasar por tu casa siento ese olor que me alimenta
el olor de la masa madre que poco a poco fermenta
y antes de que cante el gallo tu aroma ya nos despierta
porque desde tu horno de leña
el humo se esparce por la alameda.

Entre hogazas y bizcochos has criado a esta aldea
panadera de brazos robustos, sin rodillo haces tu faena,
y lo que solo era agua y harina ahora se sirve en cada cena.

Aunque te surja competencia, tu labor es eterna
porque si de algo nadie se olvida
son de tus pastas rellenas de almendra.

Mujer fuerte donde las haya
trabajaste sin descanso,
fuera fiesta o Nochebuena,
relevada por tus hijos
vida tras vida la panadería seguirá abierta.

Quizás otros cayeron
cuando fue muriendo la aldea
pero marcando las horas del valle
seguirás alimentado a esta nueva era.

20

Gabarrero, aún siento la fuerza de tus manos
en tus arrebatos de violencia
te alzas como un pino imponente
entre las ancianas cabezas,
tus ojos se han vidriado, has perdido la conciencia

pero el bosque late en tu pecho, es la magia de tu esencia.
A veces recuerdas momentos, aquellas charlas de taberna,
alzas las manos desafiante esperando alguna pelea
con tu fuerza descomunal has destrozado alguna puerta
porque en tu mente aún portas tu hacha
y arrastrando tu brazo vas a la contienda.
Tú que talabas los troncos con pasión y con destreza
que fuiste el campeón que ya nadie recuerda
cargándolos al aserradero no hacía falta mula en tu presencia.
Gabarrero, te han olvidado aunque te celebran en las fiestas,
algún compañero recordará tu nombre el día que tú te mueras
pero algo siempre quedará marcado en nuestra memoria
tu fuerza de bestia en cuerpo de hombre
fue el motivo de una leyenda.

21

Ciega y sorda mueves los dedos
porque aún están llenos de vida,
bolillos e hilos bailan
cuando tejes tus mantillas,
olvidada en el ángulo oscuro del salón polvoriento
tejes y tejes tus arácnidas telas ignorando el pasar de los días.
Trataron de cambiarte por un cacharro,
encerrarte y avanzar en la era
pero aunque ya no te necesiten
ni recuerden tus agujas de costurera,
tus poderes son de otro mundo
tus labores son como enredaderas.
Durante años las mujeres
tejisteis mantas de lana y encajes de seda,
aunque ya te has quedado sola y te miran desde fuera

costurera, aprecio tu arte, cómo mueves las tijeras,
aunque solo ya tus nietos, con sus jerséis y gorros te veneran
recordaré y apreciaré por siempre
lo que tú ves como una simple tarea.

22

Aún escucho el rumor del río, el sonido de la rueda,
en el martinete abandonado aún arde la gran piedra
tú mazo golpeando el yunque, veo las chispas a ciegas,
huelo el acero de tus manos, el sudor en tu mandil de ternera,
tu barba oscura y poblada, las tenazas largas y negras,
imponente oso de montaña, nadie te superaba en fuerza
y cuando salías de tu cueva causabas furor entre las castañeras
porque eras un ser extraño, ermitaño de fuego y tierra,
viviendo entre acero y plomo
habitaron tus ancestros en la cacera.
Aunque ya desapareciste y se pudrió la madera
aún quedan tus verjas dobladas
aún herradas viven las yeguas,
las mulas y cabestros que domaste
murieron con las suelas puestas
tus cuchillos y cazuelas
aún yacen en las casas viejas,
y es que aunque tu labor fue olvidada
y tu taller puesto a la venta,
el acero que forjaste será tu herencia en esta era.

23

La sierra se quedó callada cuando marchaste de las majadas
la lluvia borró tus pasos, ya no hay huellas en la cañada,
no hay zurrón, no hay cayado, ni ningún mastín ladrando,

y los cencerros de las ovejas acabaron siendo callados,
pues aquellas que quedan ahora no son las mismas que antaño
aunque tienen la misma lana ya no van en rebaño,
y aquella pequeña cabaña en la que tantas noches pernoctaste
ahora está en ruinas, la madera quemada, húmeda y podrida,
quedó para el arrastre.

Te recordamos con orgullo, pastor trotamundos,
que alegrabas las primaveras
con tus sirrias y aromas profundos,
leche cruda de oveja, buenos y recios quesos,
y con la destreza de un barbero sacabas las lanas del carnero.
Ahora ya no son tuyas las cabezas
y escuchas sus balidos a los lejos
con pena ves al hombre de tez morena
que no reconocen como dueño,
masificadas, se mueven despistadas,
ya no obedecen ni los perros,
y el patrón, desde su salón, no recuerda ni su sueldo.
Pero cuando venga el lobo y en un descuido caiga el cordero
saldrá violentamente a su caza,
olvidando que por el dinero
cayó este noble oficio.
Ya solo escucharemos tu nombre, tu noble y digno sacrificio,
en canciones y viejas leyendas recitadas por los más viejos.

24

Pequeño ejército enfrentas con tu habilidad de estratega
aunque no hay que tomarle en broma,
es más fiero que cualquiera.
Armado con tu ahumador encantas a las abejas
poco a poco van durmiendo, ya divisas a la reina,

ha callado el enjambre, los observas tras tus rejas,
pues no eres tonto y como buen humano
sin armadura tú no peleas,
con tu casco y tu traje de cuero
mano a mano las saqueas.
Has vivido mucho tiempo
y aunque cambien tus estrategias
tu labor es eterna, tu fruto irremplazable,
es artesana y dulce la miel de abeja,
eres equilibrio en el campo
y hasta a la primavera manejas,
porque tú reinas sobre las flores
con tu ejército de obreras,
un arte sin ninguna duda esperar a las pequeñas
encerradas en su panal segregando su dulce néctar.
Y cuando haya llegado el tiempo volverás a la pelea
caminando por el campo veremos tus faenas,
la lucha del hombre contra lo diminuto
y sin embargo el más dulce fruto
que de pensarlo ya se saborea.
El hombre del panal te llaman
con razón, no te creas,
espero que aunque haya reina
tú sigas siendo el rey de las abejas.

25

Limpiando la barra día y noche
limpiando las colillas del suelo,
las pipas y los palillos, escupitajos de paleta insurrecto
es tu día y tu sustento.
Pero tú bebes con ellos, no te queda otra,

te conoce todo el pueblo, a ti acuden todas las bocas,
los melancólicos jornaleros, los maridos despechados,
los novios contentos, los que celebran la matanza,
en tus mesas, siempre cartas, vinos, cervezas y cubatas,
a las ocho café y carajillo para empezar la mañana.

Cuándo duermes, figura ilustre,
si nunca tienes las luces apagadas
si la barra está llena de pinchos
y la cafetera humea desesperada.

Caerán todos en el pueblo
y aunque solo uno quede con vida
a tu barra se arrastrará sin piernas
para pedirte otra castellana sombría.

26

En el pueblo, linda con el bosque
una vieja cabaña que todos conocen
está en ruinas, se cae a pedazos,
pero nadie es valiente para echar un vistazo
pues ahí vive una señora con un viejo grimorio
más antigua que la casa, es un vejestorio,
nieve sobre los hombros y una gran verruga
a veces se mueve, dentro vive una oruga.

Todos la temen, nadie hace nada,
porque sus viejos trucos a todos agrada,
para la soltera le dará un hechizo
de esos que al despertar te dan mellizos,
para la que ya le crecen las canas
pócima secreta con huevas de rana,
y para aquel que ya su vecino le tiene harto
en su marmita echará un par de lagartos,

tiene trucos y remedios para todos los vecinos
al que no cae bien lo convierte en cochino.
Porque cuando la lluvia cesa ella trae sus culebras
de la nada volverán a crecer las buenas hierbas,
algunos la llaman Doña Remedios
porque su nombre real es un misterio.
Envidiosos y pecaminosos, muchas veces la persiguieron
pero ni la cruz ni la Santa Sede pudieron,
dicen que escapó hasta de la Inquisición
porque por ser buena bruja, la hoguera ni ardió,
más vieja que la tierra, que cualquier nacimiento,
seguirá con sus agujas tejiendo el paso del tiempo.

27

Hubo un hombre en La Mancha
cuyo nombre no quiere ser recordado,
pero mucho más al norte
hubo más que fueron olvidados.

Hubo un Atilano y un Virsedo
que con su azada se arrancó un dedo,
y a día de hoy en sus manos callosas
muestra orgulloso su garra de hueso.

Hubo un Virgilio y un Edilio
que cantan jotas entre delirio y delirio,
hubo una Petra, una Remedios,
una Purificación y un Nazareno.

Ahora todos comen en silencio,
con sus miradas esparcen su veneno,
pues si pudieran volver a andar,
venderían su alma al tiempo,

sus azadones se cambiaron
por bastones de polietileno
y los pocos que aún caminan
olvidaron su sendero.
Quizás sí hubo un hombre
que no quiere ser recordado
pero de algo estoy seguro,
aunque el viento barra sus nombres
y tan solo queden sus huesos,
bajo lápidas, firmes cimientos,
en mi memoria serán eternos.

28

Olvidé labrar la tierra, los caminos de la trashumancia,
aquellas queridas cañadas que del mar iban a la montaña,
olvidé aquellos pastos, aquellas colinas de espadañas,
se quedaron en la memoria de los nunca lloraron,
aquellos que al morir su padre sin lágrima debieron partir,
sin tiempo para el luto, la tristeza en su latir,
pues no había tiempo para la muerte, el hambre era más fuerte
cuando ya no pudieron alzarse, lamentaron el tiempo ausente.
Aún hay aquellos que anhelan levantarse de sus camas
para poder volver con las cabras
de su hombro colgando las zamarras.
Fueron hombres que, sufridos, olvidaron cómo llorar
en un tiempo de hambre y guerras solo pudieron trabajar.

A mi tierra, sus campos y montañas

29

Polvorientas telarañas aún residen en las alacenas
encuentras memorias extrañas cuando menos te lo esperas,
entre las rocas trepan lagartijas
cruzando una calle, una tienda de baratijas,
muñecas antiguas con tan solo un ojo
una bici oxidada que perteneció a un cojo.
Y entre tanto objeto hay un pequeño tesoro
es aquello que nunca pensaste
que encontrarías entre los despojos,
porque aún las aldeas tienen algo
siempre hay alguna reliquia,
un atisbo medieval
un signo de buena familia,
son los siglos del pasado
que esculpen las raíces de esta tierra
quizás haya un hueso neandertal,
un pedazo de una vasija.
Hay historia bajo el pasto donde pacen las vacas,
hay historia bajo los dinteles en los que se aguantan las casas,
si buscas entre los rincones encontrarás tu tesoro
tan solo agáchate, súbete a la azotea,
busca en el sótano antiguo entre los troncos de la alameda,
porque entre tanta hierba y tanta madera

están los secretos de toda una era.

30

Mi pueblo fue dividido en dos partes desiguales
se hicieron casas nuevas, las viejas quedaron tradicionales,
pintaron las nuevas fachadas de color ocre y tejas rojizas,
cuando cae el agua en la techada se tiñen las paredes plumizas.
Las viejas las demolieron aunque aún sobrevive alguna
de las que dejaron en pie no se habita ninguna,
solo los gatos pululan entre las vigas antiguas
cayó tiempo ha el tejado y así quedó, sin legado,
muchas de ellas se venden, esperan a ser reconstruidas,
pero el día que vengan con las demolidoras
verán que una vez más cayeron en sus mentiras.

Mi pueblo tiene no muchos habitantes
aunque solo ves a cinco pasear por la calle,
en mi pueblo no hay comercios, solo una vieja iglesia,
la abren los domingos solo para dar la misa,
el resto de la semana permanece cerrada,
solo las arañas limpian su morada.

Hay un restaurante que cerró hace tiempo,
hay una tienda de antigüedades, en esto no miento,
nunca vi entrar a nadie desde que aquí vivo
deben tener otro oficio, si no, no me lo explico.

No hay tienda para comprar el pan
ni tan siquiera un estanco donde puedan fumar,
hace unos años se abrió un bar,
el comercio donde todo se puede comprar,
en verano se llena de gente, como buen pueblo de campiña,
para las fiestas puro jolgorio y en invierno, solo la brisa.
Hay gente que no recuerdo,

cuando va llegando el frío van quedando pocos
y en pleno invierno son los cinco de siempre,
hay una señora que cuida a los gatos
un ganadero y un mecánico,
hay dos casas rurales
donde viene la gente los fines de semana,
un pintor japonés con gatos en la ventana.
Es un lugar pintoresco, si lo miras de cerca
hay caballos y reses, guardados en la cerca,
hay una charca donde hubo ranas
y después de las algas solo quedaron las carpas,
nos visita un autillo, también una garza,
un par de milanos sobrevuelan la plaza,
hay un parque, los niños juegan
y en mi ventana las golondrinas vuelan.
Pero no hay mucho más, es un pueblo perdido,
la gente nos conoce tan solo de oído,
dependemos de otro pueblo, hasta de ayuntamiento,
un pueblo dormitorio, lo llaman así, no miento,
con una ciudad al lado poco hay que hacer
así es un pueblo de esta tierra
y como muchos otros, no lo dejan crecer.

31

Me preguntaron por el silencio y les enseñé la brisa,
el sonido de las campanas, por los muertos, por la misa,
el ladrido de los perros, el mugido de las vacas,
tintinean los cencerros bajando por la majada,
en verano las chicharras, en otoño las chaparradas,
la lluvia que todo lo cubre y golpea las calzadas.
Cuando el invierno llega, la nieve silenciosa cuaja

pero ni el gallo perdona las frías mañanas,
cuando el pueblo ha callado aún se escuchan pasos,
pezúñas entre la hojarasca, el viento hace crujir las ramas.
Llegará la primavera con sus trinos y sus cantos,
con el quejido de la milana,
el arroyo bajará al pilón, cantarán en la piedra las ranas.
Aquí no hay silencio si sabes escuchar
un pico, una azada, un viejo silbar,
cuando caiga la luna un gato maullará,
este pueblo, esta tierra, aunque la dieron por muerta
aún tiene mucho por contar.

32

Muchos se preguntan por qué mueren los pueblos
cuando llega el verano y se llena de ambiente,
nadie recuerda el invierno cuando la tierra está caliente,
pero cuando llegan los fríos y las nubes pueblan el cielo,
se van por los caminos quedando vacío, silente.
Nadie recuerda al campesino, al herrero, al carpintero,
al arriero que por destino emigraron lejos de su gente,
ya solo quedan recuerdos, monumentos vivientes,
algún analfabeto enfermo
que el progreso abandonó a su suerte.
Algunos idealizan lo bello, otros quieren lo de siempre,
y mientras todos discuten, el pueblo muere,
consumido por el musgo, abandonado al olvido y la muerte.

33

Un viejo sombrero se sienta sobre la frente de un caballero
con un buen brocado de lana
se aferra a su sien como boina de acero,

no sé quién tiene más años, si la boina o el dueño,
y sentado en su banco de piedra os quiere contar un cuento.
Mientras os vais sentando alrededor de su asiento,
boina y amo contarán lo que hoy os viene a relatar,
la historia de un chiquillo que vio crecer a un pueblo
sentado en el mismo banco más antiguo que el tiempo,
es un cuento triste, quizás llore o ría en el intento,
pero es triste ver como todos se fueron
y se quedó solo escuchando al viento:
"Aquí hubo grandes hombres trabajando bajo el sol
las mujeres iban al mercado, teníamos hasta carbón,
mi perrilla movía el rabo cuando íbamos a cazar
eran buenos tiempos, la montaña sabía dar,
había niños en el pueblo con cometas y peones
tiraban canicas en el llano o corrían tras los pichones,
el panadero nos despertaba al ritmo del gallo cantor
el aroma a pan invadía hasta la choza del pastor,
el párroco en la misa nos hablaba del pecador,
qué buenos vinos tras la capilla me eché con algún jornalero
que, cansado de tanto trabajar, nos tumbábamos a ver el cielo.
Conocía a todo el mundo, nos sentíamos hermanos,
pero las cabañas cayeron, se llenaron de gusanos,
creció la hiedra y el musgo y los viejos fueron enterrados
primero fue el boticario, luego el de los marranos,
al final todos se fueron yendo y dejaron solo a este anciano
y al final, antes de irme, di mi último aliento en vano
porque al final aquí estaré a este banco encadenado
mi fantasma perdurará, y el pueblo será olvidado."

34

Dos viejos miran jugar a los niños en la plaza

entre tantos ruidos sus cuerpos se relajan,
pero son sus ojos los que delatan que anda perdida su mirada
porque donde la pelota corre hubo sangre derramada.
Se observan en sus pupilas los rostros de sus hermanos
extienden por última vez sus manos antes de ir tras las casas
acompañados de soldados con las cabezas gachas.
Se oyen los disparos, hay silencio en la plaza,
aquellos que marcharon ya no volverán a la mesa,
aquellos que se vestían con distintos uniformes
que combatían hasta enseñarse los dientes,
esas peleas de chiquillos, ya no son palos sino armas,
ya no son juegos sino batallas.
Es la herencia de una guerra que aún vive en la memoria
y aunque casi todos han muerto
los que fueron niños lo recuerdan
y cuando dicen que el dictador
debería volver a levantar la cabeza
ellos se atemorizan, sus voces se enmudecen,
se esconden bajo la tierra,
porque nadie que lo haya vivido
quiero volver a ver el terror de la guerra.

35

Un alto castillo se erige entre los robles del monte
sus piedras se llenaron de espinas, ya no se ve en el horizonte,
tan solo si fijas la mirada verás su efigie al alba
entre hiedras y ruinas observarás cómo se alza.
Pues estas tierras fueron cuna de griegos y romanos
aquí libraron todo tipo de batallas, los moros y los cristianos,
aquí se conserva la historia como si fuera un diamante
porque es de todos orgullo y sus recuerdos abundantes,

no es extraño que alguna vez algún campesino de labranza
dándole al azadón haya encontrado una punta de lanza.
Aquí hay siglos de vida, aflora entre las amapolas
se puede saber lo que ocurrió al buscar entre las encinas,
pues por donde devoran los cerdos la dura bellota encerada
corrió la sangre de muchos vertida a punto de espada.
Ésta fue tierra de reyes, de reinas poderosas
vio nacer leyes y hasta a otras religiosas,
hay mucho que contar tanto que nunca termino
y aunque adore el realzar no llegaría a su totalidad
porque para poderlo vivir tienes que recorrer estos caminos.

36

Qué observan los gatos cuando se detienen en las esquinas
clavando sus ojos fijos en las paredes lisas,
qué se esconde tras los rincones, los recovecos oscuros,
donde la luz no llega, donde corren las arañas,
y otros bichos de mil patas.
Es hogar de lo desconocido, tierra de fantasmas,
porque donde hay historia hay almas encadenadas
que aunque solo quieran observar dejan frío por donde pasan.
En todos los pueblos hay leyendas, bajo el nido de la cigüeña
quizás se esconda el cráneo de un antiguo asceta,
los hay que mueren vengativos, los hay que mueren en paz,
y los que algo pendiente dejan, no abandonan el hogar.
No hay por qué tenerlos miedo, tan solo son unos más,
es parte de la historia que queda en el lugar,
acércate algún día a la vera del cementerio
los podrás escuchar, charlar, tienen entretenimiento.
La previa de los santos cuando las ánimas emprenden el vuelo
ten cuidado al abrirles la puerta, no todo son de buen agüero,

mírales bien a los ojos aunque tengas miedo,
sal y ajo en tu mano, si el asunto se pone feo.
Pero cuando veas uno decente, uno que parece bueno,
déjale que te cuente, que se ponga cómodo en el rellano
pues mucho tendrá que contar de la vida de antaño.

37

Asfalto que rompes el camino,
no acabes con mis campos de cebada,
pues aún quiero este horizonte de estío, de montaña azulada.
Tierra seca como los huesos de los que cayeron en labor,
arado y rastrillo en mano, el trigo fue su pasión,
la oveja su vida, la leña su calor,.
Asfalto, perdona a este musgo
que dichosamente decidió crecer
a un lado de la carretera y no se debe mover,
sortea los pináculos y las setas, déjalas a su merced,
disfruta de este aroma a paja fresca, rocío y jara,
no prendas aún fuego con tu llama de hormigón,
asfalto de tierras urbanas, no me despiertes esta noche
pues aún veo las estrellas más allá de Orión.

38

Me fui a una aldea perdida, con más líquenes que aceras
con piedras, en vez de asfalto, de las antiguas canteras,
aún viviendo chiquillos, parecían de otro tiempo
jugando entre escombros, riendo con el viento.
Las casas tristes aún contemplan su tejado
caído tras las lluvias, dejó huellas de su pasado,
me fui a una pequeña aldea que creció lentamente por piezas
pero donde ahora hay pladur era donde residía la piedra.

Perdieron los valores con las prisas,
se olvidaron de lo artesano
y aunque el pueblo vuelva a crecer,
no volverá a ser tan humano.

39

Montañas lejanas, paredes frías y blancas,
así pasabas los días, mirando por la ventana,
postrado y en silencio, la soledad te acompañaba
cuando vino aquella mujer, tan siquiera te miraba,
contaba las horas en el reloj, esperando al fin de la jornada.
Me contaste retazos de tu vida, los secretos los callabas,
así pasaron los días hasta que no hubo un mañana,
cuando exhalaste tu último aliento se llenó la sala,
sobrinos, hijos y nietos lloraban sobre tu cama
tan solo en cinco segundos la lágrima ya se secaba,
comenzaron a preguntar por el oro y la plata,
la cadena de la virgen, el reloj de buena marca,
ni tan siquiera se volvieron cuando tu cuerpo fue a la cámara,
los buitres se fueron volando, dejando su olor a entrañas.
Así moriste como muchos, solo y triste en esta planta,
aquellos que tanto anhelabas aparecieron al batir las alas,
retorcida y estúpida codicia, es lo que hace girar al alma,
se olvidaron de tu nombre pero no te tus alhajas.

De costumbres y rituales

40

Vi tus ojos brillar bajo la luna llena,
tus ramas ardían con fiereza,
el humo subía a las alturas,
celebraban entre brasas tus últimos días.

El verano terminó en los Santos
y tu fuego quemó las almas,
aquelarre de paganos y campesinos,
la cosecha fue productiva,
y si no lo fue tampoco importa,
esta noche se celebra la vida.

Entre maderos y rastrojos, tus raíces son llama viva,
árbol de fuego danos buen invierno, bríndanos de bonanza,
un año más ha pasado, un año más en la balanza,
danos calor en este invierno que ya asoma su frías garras,
danos luz esta noche antes de que llegue la mañana.

41

Sentados tomando un café ya barajan las cartas,
otros aún más ciegos sacan las fichas de la caja,
parece que no hay más que hacer en ese bar de la plaza,
si supiera la gente que viene que había más diversión
que fumar en las terrazas,
que jugaban al bolo y la tanga,
los chiquillos, canicas y tabas,

y esa rana de metal que con las fichas croaba,
no era fuerza sino astucia, tino fino y puntería.
Aquí la diversión no faltaba, no todo era borriquería,
había muchos juegos en el pueblo, los chiquillos se divertían,
aunque fuera una china, un tronco o una costilla,
el jugar es eterno y mil juegos había,
aunque algunos fueran duros, solo para los más fuertes,
aquellos se jactaban mientras apretaban los dientes.
Los juegos eran las horas que el tiempo mataba,
eran los peones que los chicos bailaban,
eran las herraduras que en el clavo se enganchaban,
el billar de los romanos, cuantas mañanas gastaba,
la bola de piel y madera en el frontón rebotaba,
no eran deportes, eran hazañas,
era el tiempo entre azada y azada,
porque el día era largo, no todos trabajaban,
y tanta energía por algún lado se saldaba.
Aún verás en algún pueblo una larga explanada
llena de arena con hueco, un marco en la entrada,
cuidado al entrar, no muevas nada,
porque aún están los muertos, entre ellos charlan,
lanzando la pesada bola hasta el día de mañana.

42

Yo no soy muy de verbenas,
tampoco de música y aglomeraciones,
pero aún los pueblos tienen algo
son sus fiestas y tradiciones,
porque mozas y mozos se visten de gala
con sus vestidos de antaño, las mantillas y las faldas,
empiezan a sonar los pitos, los tambores y las guitarras,

mi corazón se emociona pues el baile me conmueve,
me hace recordar tiempos que la gente ya no remueve.
Ya hay otros amantes nuevos de este bello arte,
desempolvan las máscaras arcanas,
las tallas de santos y los trajes regionales,
entre pasacalles y procesiones, el calendario pasa sus hojas,
son estas fiestas las verdaderas, aunque cambien algunas cosas
cucurrumachos, machurreros, hombres de musgo y trapajones
van retomando poco a poco aquello que olvidado se haya,
lo nuevo y lo viejo conviven, aunque no de buena gana.
Me da pena porque sé que con el tiempo todo se pasa,
que perderemos los cantos y las jotas, los paloteos en la cañada
como perdimos al pastor, perderemos a la Santa,
cuando caigan los retablos, los vestidos y las cabalgatas
se habrá perdido el legado de una época dorada.

43

Nunca fuiste a un pueblo si no escuchaste un dicho,
si no oíste hablar al viejo que no entiendes lo que dijo,
habla de monas vestidas de seda,
de grajos que bajo vuelan, de ovejas que balan,
de perros que ladran, de todos los animales
que nunca callan y siempre otorgan,
no tires piedras, no escondas la mano...
No sigo enumerando que mucho ha durado,
porque poco se entiende si el refrán se acorta,
pero el que lo conoce se sabe la historia,
es cultura no escrita, con el tiempo morirá,
porque polvo somos y en ello se convertirá,
y poco a poco solo quedarán los más recientes, los más nuevos,
pero todo dicho ayuda sea malo o bueno, solo por eso espero,

que aunque con gracia no hable se recuerde este poema
que ha rendido homenaje a estos antiguos juegos,
que haya valido la pena el poder recordar
esta vieja jerga que también se perderá.

44

Hay malas costumbres en los pueblos, así como hay buenas,
pero las malas duelen bastante, son puñaladas traperas,
es el carácter cobarde de atacarte por la espalda
luego dirán que mentiste, harán como en Fuenteovejuna,
ahí te darás cuenta de que estabas más solo que la una.
No les gustan los cambios, por eso aún no avanzan,
siento mucho decir esto, pero no crecen si no cambian,
al final se acaban quejando de que el pueblo muere
cuando ellos lo matan poco a poco mientras nadie hace nada,
pedirán más dinero, más ayudas son necesarias,
pero al final lo perderán en fiestas, cambiarán solo la fachada.
Hasta que no cambien de mente y el antaño sea agua pasada
el pueblo seguirá cayendo, caerán en el olvido,
y al final todo el mundo pensará
que por cambiar nadie hizo nada.

45

Golpeando la lluvia los ventanales
siento entre la bruma sus miradas,
son aquellos que siempre estuvieron,
los que habitan en las entrañas,
grandes y pequeños con miles de nombres,
gnomos, brujas y anjanas,
criaturas que vivieron en una era
en la que el hombre aún no era nada.

Pero allá donde habitaron
no queda una pizca de magia,
donde vivían los duendes
un complejo residencial se alza
cortando en dos el horizonte,
ocultando las montañas,
nos adentramos en el bosque
conquistado las tierras sagradas.
En esta era de progreso, de saber y de ciencia,
aquellas criaturas que obraron los milagros
se han perdido, escondido,
esperando en su eterna vida
que vuelva el resurgir de sus palabras.

46

Aunque tiene nombre no lo recuerdo
y tampoco creo que él lo haga,
porque aquí pasa el día y la noche
no por nada don chato le llaman,
un nombre cruel para su destino
que por todos es conocido
y aunque todo el día lo vean beber
no bebe con ningún amigo.
Soltero o viudo, no lo sabemos,
él tampoco lo habla,
solo sabemos que cuando abre el bar
armado con su gorra ya anda,
en sus venas corre vino, su corazón bombea coñac,
si no, no me puedo explicar cómo ha llegado a su edad.
Cuando entras a tomar una caña, él parece un mueble más,
el dueño limpia la barra,

y a él lo ignora, sirviéndolo sin mirar,
no tiene trabajo que hacer ni una vida que pueda vivir,
cuando cierra el bar vagabundea,
y si encuentra su casa se va a dormir,
quizás acabe en la cuadra
muerto de frío hasta el despertar,
y un día más, esclavo de la adicción,
se arruinará bebiendo en el bar.
Le darán calderilla para la máquina,
un cigarro se fumará,
a él la ley no le afecta
porque los muertos no suelen pagar.

47

Hoy ya doblan las campanas, ya se ven a los de negro,
una larga romería se dirige al cementerio,
no conozco al muerto, tampoco hace falta saberlo,
en el pueblo se susurra su nombre, suficiente para conocerlo,
aunque viviera en las afueras o en el centro del pueblo
todos lo van a llorar como si fuera eterno,
porque cuando alguien muere lo sabemos al momento.
Un día o dos lo lloran, al tercero ya no me acuerdo,
unos lo echarán de menos,
los más cercanos se quedan en duelo,
pero los otros, que hoy lo lloran, lo olvidaron por completo,
quizás llevara años solo, abandonado por todo el pueblo,
pero cuando alguien muere solo cuentan los buenos recuerdos,
siempre lo mismo, un ciclo eterno,
poco a poco todos llenaremos de lápidas el cementerio.

Sueños desde una cabaña

48

He querido caminar más allá del horizonte
cruzando campos y colinas
hasta que mis pies, poco a poco,
borraran los caminos que ya he trazado.
He marchado hacia las olas
pisando la marea con este par de botas,
sin pensar en la costa ni en la profundidad.
He andando montes y valles,
subido a altas cumbres que nada me han ofrecido
y sin embargo, al sentir la hierba bajo mis pies,
he podido contemplar el cielo más puro que jamás he visto,
campos de paja, bosques de pino, montañas de nieve y roca
con formas vagamente humanas,
que rozando las nubes con sus dedos
me han mostrado lo hay que más allá de la nada.
Pero al final de este viaje,
después de andar, de ver el mundo,
de beber bajo la luz de la luna
y cubrirme del sol con mi sombrero de paja
en mis largas siestas sobre las colinas de alfalfa,
he recorrido mis pasos,
he vuelto a mi cabaña a los pies de la hoguera,
al sonido lejano de un perro que ladra,
al calor de dos gatos que en mis sueños me acompañan,

a tumbarme y dormir sobre un colchón de lana
y a mi lado ver cómo sueña la mujer que tanto me ama.

49

Quise vivir libremente
escapar de este mundo, de su gente,
pensé en caminar hasta gastar mis pasos,
en nadar hasta ahogarme en las olas,
y al borde de una isla despierta poder vivir si nada más.
Quizás fue el metal que corrompió mi mente,
el aire que respiraba quemaba mis pulmones,
el asfalto me abrasaba las plantas de los pies,
había voces, había luces,
había una paz inexistente,
quise huir, quise vivir porque quería sentir,
en mi último respiro,
que había vivido sin temer a la muerte,
quizás ahora por eso disfruto de los prados, de los valles,
de los pinos que crecen a su suerte,
los almendros con flor y fruto que tiñen valles de rosa y verde.
No caminé tan lejos, tan solo me moví ligeramente,
pero al tumbarme y contemplar
cómo las nubes navegaban siguiendo la corriente
pude cerrar los ojos y así al fin callar a mi mente.

50

Aflojé la soga de fino satén
que cada mañana ataba mi nuez,
cambié mis zapatos por unas botas de piel,
el traje, por unos vaqueros,
una camisa más gruesa,

un sombrero de paja en mi sien,
abandoné el uniforme,
mi coche se volvió un caballo para cruzar los campos de miel...
Aún sueño con este día en mis horas muertas del café,
sueño que vuelvo a pasear por los caminos de mi niñez,
pero no hay montes en mis vistas,
hormigón armado, cristal de duralex,
peones armados en filas dibujan surcos a mis pies,
el mismo trayecto, la misma vida, es algo difícil de creer,
seguiré cerrando los ojos dejando a mi mente ver
aquellos prados de verde pasto, los hayedos del ayer,
aquellos caminos que cruzaba
cuando no sabía que debía de crecer.

51

Dicen los ancianos que en el bosque hay mil espejos,
tú nunca los ves pero te dan tu reflejo,
reflejan tu cara en las hojas de los tejos,
en los ojos fugaces de los temblorosos conejos,
refleja la risa, el sonido del viento,
notarás una suave brisa cuando estés contento,
pero los días grises, las lágrimas y los llantos,
también los devuelve el tiempo,
cielos grises, chaparrones,
los árboles crujen el río está violento.
Cada uno lo vive distinto, es la magia del momento,
los enamorados ven cielos tostados
cuando el solitario lo siente ordinario,
el bosque te dará lo que buscas,
y cuando estés en calma, cuando estés en silencio,
escucharas el sonido de tu alma, el débil murmullo del viento,

pensarás que el bosque se ha calmado,
que los pájaros se han dormido,
que los ríos se han parado,
cuando lo cierto es que en lo profundo de tu cuerpo
respiras más tranquilo, eres uno con la espesura,
olvidando poco a poco tus sentimientos.

52

Aunque ya no te lleguen mis palabras
quisiera que las leyeras,
me hubiera gustado contártelas
cuando me escuchabas en las cenas,
las tardes junto al brasero caliente
dibujaba historias a tu vera.
Es curioso porque hasta que no fui mayor
no vi más en ti que una abuela,
pero supe que fuiste pastora,
que comiste lagarto y culebra de escalera,
que pasaste los fríos inviernos
y que viste los horrores de la guerra,
admiré siempre tus brazos
fuertes como los de una guerrera,
fruto de lavar en el río,
de trabajar las noches enteras,
porque tuviste mil oficios
y aún sin uno, eras la primera
en levantarte cada mañana
con tus sopas de pan, leche y canela.
Ojalá te hubiera escuchado más veces
antes de que perdieras la conciencia,
pero supe apreciarte tarde,

tan tarde que ahora no me esperas.
Mujer de campo, me amaste como a nadie,
ojalá haberte querido tanto de vuelta,
fuiste mi segunda madre,
y mi abuela, la primera.

Ahora recuerdo tus enseñanzas,
cuando camino junto a los jilgueros,
cuando recuerdo tus labores de costurera,
quizás el bosque me recuerde a ti
al igual que mis poemas.

Abuela, aunque ya no estés, tu herencia será eterna
porque aunque he tardado en crecer
ahora aprecio tu saber, y eso me llena.

53

Sueño desde mi cabaña poder mirar por las ventanas,
ver crecer mi huerta a los pies de la montaña,
poder oler las flores entre rábanos y coliflores,
que los tomates suban hacia el cielo
y las patatas crezcan a montones,
poder salir a pasear, sentir las abejas volar,
escuchar el sonido de las aves
que la primavera comienzan a anunciar,
ver el cielo despejado por primera vez desde Navidad,
y cuando se cubra de nubes, volver a casa a descansar,
sentado sobre un sillón de cuero mis pies iré a calentar,
el perro descansa tranquilo, el gato ronronea sin cesar,
mientras observo la lumbre siento la creciente humedad,
las vigas de madera crujen ante la incesante tempestad,
al tambor de la lluvia yo me pongo a tallar,
un simple bloque de madera, hoy lo quiero transformar,

cuchillo y gubias en mano, los escollos arderán,
calentare con café mi alma, quizás en la noche un licor caerá.
No es poco lo que pido, ojala se haga realidad,
una casa apartada, libre de todo, un poco lejos de la sociedad,
cuando mis manos me ardan, ver a mi mujer descansar,
tumbarme a su lado para dormir,
de este sueño no quiero despertar.

54

Aún tengo sueños, aunque no se lo crean,
sueño con un bosque, al lado, una tierra,
salvaje y agreste un claro en la arboleda,
no tengo vecinos, no los necesito,
no tengo ruidos salvo el canto del gallo,
la cabra que bala pastando en el monte,
los peces dando vueltas en el estanque,
en verano una rana viene a dar el cante,
croa la noche, se va antes de que me levante.
Tengo una cabaña, refleja las aguas,
allí bebo el té, es lo que me relaja,
en la tierra corre un potro, ya tiene dos años,
corre tras el asno, le mordisquea el lomo,
un huerto me da frutos que pare la tierra,
unas gallinas dan huevos, el aire huele a sierra,
y mi hogar es humilde, tampoco quiero mucho,
un cuarto de estar, ya el café escucho,
desde la cocina se escucha el murmullo,
el cuarto es sencillo,
dos futones calientes me acompañan en el sueño,
un cuadro y un bonsái, de ambos soy el dueño,
los gatos duermen tranquilos,

en el taller no hay mucho ruido,
cuando tallo la madera el fuego me acompaña,
devora las astillas desde el sillón de paja.
No tengo más que contar, tampoco lo necesito,
pinto en el estudio,
pincel y tinta en el papel chino,
no necesito más,
y lo que quiero, ya te lo he dicho.

55

Quizás me crié a ciegas
sin observar más allá de mi mirada,
sin contemplar la hierba tras cada paso que daba,
crecí sin mirar las montañas,
las rocas que crecían como robustas manos
que siegan el trigo con sus guadañas,
sin ver como en el horizonte una dama de piedra descansaba,
y aunque sus cabellos, ya canosos,
cubrieran la ladera de la montaña
aún surge vida de su pecho que renace por las cañadas.
Pastores y ganadores vi cruzar las montañas,
vi como la sierra quedaba más triste, más callada,
porque por mucha música que sonaba a las puertas de iglesia,
al gallo cada día afinaba menos en sus cantos de madrugada.
Ahora que soy mayor lo aprecio,
aprecio las encinas y los berrocales,
admiro los percherones y también los sementales,
admiro al corzo furtivo que cruza como una estela,
admiro al zorro silencioso, fantasma de la luna llena,
admiro hasta a la urraca que tristemente devora
al conejo que por el camino confundió la carretera,

contemplo y disfruto de la mariposa,
del canto de la chicharra,
del trino del grillo veraniego,
del sapo y la rana que en su canto se acompañan,
la piedra vieja, tejado de madera,
la cuadra abandonada, aún se escucha la herrada,
se escucha al pastor por el monte
silbando junto al fuego en la majada,
el rebuzno del asno protegiendo su explanada.
Llegará el otoño y con él las cruzadas,
las músicas de la plaza caerán bajo la berrea,
y no serán más que el eco de fuertes y salvajes estocadas,
caerán las nueces, ardillas despistadas,
los lobos en la montaña aullando entre los riscos
llamarán a la última luna llena de la temporada,
bajará el verraco, empujado por frío y la lluvia,
cargando sus rayados hasta la puerta de la casa
husmeando entre las tierras mojadas,
calentándose bajo las alcobas, entre mastines y alguna cabra,
lloverá, quien sabe si llegará la primavera,
porque primero vendrá el viento,
la lluvia, el frío y la tormenta,
cuando menos te lo esperas, la hierba se ha vuelto blanca,
aleteos de lechuza, huellas felinas blancas.
No hay más allá del blanco en tu mirada,
así que es aquí, cuando empieza a llover,
hay que esperar a la cuaresma,
arderá la leña, los aullidos de los perros
se perderán en la montaña,
porque cuando venga el invierno
solo el petirrojo volará bajo la nevada.

Cuando la vida vuelva, veremos la montaña
desnuda en roca viva cubierta por los robles,
oculta en las ensenadas cruzarán de nuevo los ríos,
relincharán libres los potros de las cuadras,
linches, ardillas, lirones y águilas,
la tierra se poblara entre lirios,
abejas, manzanillas y flores varias
y para cuando las mariposas vuelvan
después de dormir el invierno,
cuando las cigüeñas aniden entre los trinos de las campanas,
sentiré que entre tanto campo, entre tanta naturaleza,
nunca, ni aún intentándolo, podré abandonar esta tierra.

56

Quise partir hacia el norte pero las raíces me ataron a la tierra,
medité para ser un monje pero mi templo eran las piedras,
mis columnas, los grandes robles, mi tejado, las nubes negras,
llueve, hace frío, en verano bien caliente,
me quedé con el trigo y la cebada,
con los cencerros que, entre suave lana,
cruzaban más allá de la sierra,
con el gallo y el perro que aullaba
y que cada mañana al sol despertaban,
me quedé con las vacas, los burros y los marranos,
lloré su muerte cuando subían al camión enrejado.
Odié su viento, anhelé más primavera
hasta que aprendí a ver las pequeñas hojas de hierba,
allí descubrí caracoles, conocí a las culebras,
los sapos corredores, los conejos oteantes en las cunetas,
los esquivos zorros de la mañana, los corzos del atardecer,
aquel jabalí con jabatos, cuya presencia te hacía estremecer.

Conocí las campanas de misa,
aprendí sus tomos con el corazón,
y ahora cuando suenan no las detesto
pues siento felicidad con su devoción.
Aprendí los rostros arrugados,
las manos callosas y rodillas destrozadas,
honré la muerte de los que nunca conocieron
qué era un fin de semana.
Me quedé en tierra y no me he movido,
no sé, será que me atrapa la sierra,
sé que el otoño me dará castañas,
el invierno, lumbre y brasas,
veré las breves amapolas
y los grillos cantarán entre las balas de paja.
Al final recorrí el mundo desde una esquina de mi ventana
pues no necesité mucho más que los potros entre la cebada,
me quedé en Castilla ,
en primavera azadón y en verano la trilla,
y aunque ya casi lo olvidaron,
y los migrantes de ciudad no lo recuerdan,
aquí nacimos, castellanos,
aquí tenéis mis palabras a mi tierra.